



— AÑO V. — Castellón 13 Diciembre de 1885. — NÚM. 46. —

SUMARIO. Discurso, por «German Salinas».—Don Manuel Meseguer y Gónell. (continuación).— SECCIÓN CIENTÍFICO-LITERARIA: Historia. (continuación) por «M. Gimeno Laplace.»—Cubiertas y anuncios.

DISCURSO

pronunciado el día 6 en la solemne inauguración del Casino de Artesanos de Castellón por D. German Salinas

INVITADO, señores, por el digno presidente de este centro de artesanos, voy á permitirme dirigir cuatro palabras á los socios que lo componen; palabras de verdadero y leal amigo, palabras que antes de deslizarse con la velocidad de la corriente eléctrica del pensamiento á los labios, pasan por el corazón conmoviéndolo con los más dulces sentimientos, y caldeándolo en el calor de los más entrañables afectos; pues al encontrarme entre vosotros, los que trabajáis sin descanso en la modesta esfera de las artes y los oficios, los que peregrináis este valle guiados, como los modernos hebreos, por la idea redentora de un Mesianismo, que ha de establecer más tarde ó temprano la igualdad de las clases ante la conciencia, como la religión la ha decretado ante el tribunal de Dios, paréceme hallarme entre

los míos, entre los que sufren y esperan, entre los que llevan la mano encallecida por el trabajo, pero no el alma empedernida por la corrupción, entre hermanos cariñosos cuyos intereses y afanes, cuyas esperanzas y decepciones son idénticas á las mías: porque cualquiera que sea el palenque de actividad en que ejercita sus facultades el hombre desheredado de la fortuna, que pretende ser útil á sí mismo y á la sociedad; tiene que someterse á las mismas difíciles pruebas y penosos martirologios, y enjugarse las mismas gotas de sudor de la frente, hasta arribar al término de su viaje, donde espera la paz, el bienestar y la felicidad que constituyen la más legítima de sus aspiraciones, y que no son, como algunos pretenden, espejismos ilusorios que fascinan la imaginación para sepultarle luego en el abismo del desaliento; sino bienes reales y positivos que puede alcanzar, si endereza sus pasos con enérgica constancia por la senda de la virtud y del progreso.

Sí, señores, observad la inmensa distancia que separa al artesano del siglo XIX del

artesano de la India, la Persia y el Egipto, perteneciente á una casta inferior, obligado á un trabajo ímprobo y rudo para mantener á los sacerdotes y guerreros, sin permitírsele la esperanza de ver un día rotos los vínculos que le sujetaban á su tristísimo destino, ni acariciar la ilusion consoladora de que la Providencia ménos injusta que las leyes, apreciase sus sacrificios y los remunerase con galardón merecido, allí donde solo se premian los pobres, los humildes y los que han llevado sobre sus hombros el peso de las injusticias sociales; comparadla con vuestra actual condicion y habreis de convenir conmigo en los inmensos progresos realizados, y que deben servir de acicate para realizar el que aun os falta, que podrá adelantarse ó retrasarse, segun vuestra apatía ó laboriosidad, vuestra desidia ó constancia; pero que ha de realizarse indefectiblemente, como se realiza el proceso de la trasformacion orgánica, el de las evoluciones del planeta, y los cambios incesantes de los mundos á través de los infinitos espacios.

En la noche sombría de los siglos medios, el artesano logra, es cierto, libertarse de la servidumbre corporal y moral, establece sus gremios, y llega á ser reconocido como un factor importante de la suma nacional; pero todavía no ha conquistado la igualdad ante la ley, todavía cargan sobre sus espaldas y las del labrador el enorme peso de los tributos, todavía las faenas á que se entrega son consideradas como impropias de una condicion libre y generosa; y como si esto no fuese bastante, viene la ciencia escolástica á establecer la funesta, la absurda division de artes mecánicas y serviles, y nobles y liberales artes, y mientras para los cultivadores de las últimas reservaba las aulas régias y el favor y respeto populares, solo desden y menosprecio guardaba para el infeliz artesano, incapaz de comprender las causas de su degradacion; bien que le hubiera sido facilísima cosa descubrirlas, en la necesidad que sentian los señores feudales de disfrazar sus atropellos, deprecaciones y holganza con el pomposo título de empresas belicosas, y en el odio que los filósofos de aquél entonces profesaban al mundo de la materia, y á cuantos la esclavizaban á su voluntad haciéndola servir á los usos de nuestra doble naturaleza. ¡Error crasísimo que la razon humana ha

reparado ya cumplidamente! Por que ¿dónde están esas artes puramente mecánicas? ¿Cuál es el fruto del trabajo á que la inteligencia no haya dado forma y vida?

Quitad al artesano el entendimiento que guía sus fuerzas, quitadle el ingénio con que adivina las múltiples necesidades de la casa, la familia y la ciudad, y ocurre diligente á su satisfaccion; quitadle el buen gusto y la fantasía del poeta con que dá formas armónicas y caprichosas á sus productos, convirtiéndolos en otros tantos objetos de lujo, que satisfacen nuestro eterno amor á lo bello; quitadle todas estas facultades, y no quedará del mismo, otro que una masa inerte, como las grandes masas inorgánicas que constituyen la corteza de nuestro globo. Y lo contrario podemos asegurar de los verdaderos artistas. No hay pintor posible, si al lado de la imaginacion, no posee una vista perspicaz que penetre de una mirada los cuadros admirables de la naturaleza, y una mano habilísima que los traslade al lienzo hermoseados por el idealismo del espíritu. No hay arquitecto ni estatuario, si les quitais el mármol y la roca, el cincel y la escuadra; porque las artes, lo mismo las nobles que las mecánicas, no son más que la idea en ejercicio; pues arte, significa actividad inteligente y creadora para satisfacer las imperiosas exigencias de la manutencion, del vestido, de la casa, de la vida civil y la religiosa, de las necesidades corporales, y de las aspiraciones sublimes á un ideal de perfeccion, que solo alcanzan á dar realizadas las asombrosas concepciones del génio.

Afortunadamente han ya desaparecido de los países cultos antagonismos tan inverosímiles: hoy el artesano goza los derechos políticos y civiles, y recaba las consideraciones sociales á que le hacen acreedoras su honradez, su perseverancia y su educacion; y si quedan todavía algunas preocupaciones hijas de vetusta y añeja petulancia, esperamos que bien pronto han de ser desarraigadas de las conciencias, al soplo impetuoso de la civilizacion que todo lo trasforma, sacude y arrastra; como se desarraigan las profundas raices de la cortada encina, al empuje del torrente, que en los mismos campos que arrasa, deposita una capa de fecundo légamo, que los abona y beneficia haciéndolos capaces de nuevos y más provechosos cultivos.

Día llegará, y yo lo siento muy próxi-

mo, en que los estigmas que la ignorancia y la soberbia han fulminado contra el trabajo, esa áncora de la salvacion humana, se fulminen con mayor razon y más potente energía contra los zánganos de la colmena social.

Día llegará, en que el nécio que aun se avergüenza, por creerse formado de un barro superior, de someterse á las leyes del mecanismo social, tan fijas é inmutables como las de la mecánica celeste; cuando vea consumidas en la holgazanería y el desórden las últimas reliquias de su patrimonio, y tenga que vender en vil mercado los retratos de sus nobles antecesores, para satisfacer las urgencias de la vida real; cuando mire su alcurnia menospreciada y su fortuna deshecha, y se reconozca sin aptitudes para recuperar la una y la otra sumido en la abyeccion y la miseria; al contemplar la existencia serena, pacífica y reposada del artesano, que libre de las pretensiones del lujo, divide un pedazo de pan con su cariñosa familia, y multiplica y agranda la esfera de su acción por el amor, el trabajo y la honradez, se sienta forzado á exclamar con amargo despecho: «Te esclavicé y has roto tus cadenas; te abrumé con tributos, y nada en el bienestar; vilipendí tus oficios, y por ellos conquistaste los honores; quise anatematizarte, y hoy ei anatema se revuelve contra mí, y me persigue, y me pulveriza vengando en un día las iniquidades de cien siglos.»

¡Ah, señores! á medida que la ciencia vá leyendo con más atención en el libro del pasado, y escrutando con más claridad los misterios del porvenir; las preocupaciones se disipan, los errores son llevados ante la barra de la razon, y los ídolos de la vanidad caen deshechos en polvo, como esos cadáveres que, sepultados durante siglos en antros de húmedas tinieblas, se disuelven y evaporan al sentir el influjo vital de la luz y de la atmósfera. Al presente, sabemos que el primer trabajador, que con un canto aguzado cavó en la tierra, y extrajo de su seno el bronce y el hierro, y fabricó las primeras toscas armas para su defensa, y los primeros utensilios que le ayudasen en sus faenas campestres, es el fundador glorioso de la agricultura que multiplica los frutos, y de la industria, eterno Proteo, que los transforma. Sin el herrero primitivo, no existirían, no, esos inmensos

talleres de fundicion, con cuyas máquinas el hombre frágil y desvalido de suyo, ha multiplicado sus fuerzas y poderío, hasta constituirse en el rey de la creacion. El pastor nómada que con la espina de un pescado ó con informe peine de hueso cardó la primera lana de sus ovejas, es el legítimo fundador de esas fábricas de paños ingleses y tejidos de Bélgica, que por su finura, riqueza y elegancia parecen elaborados por las manos de una diosa; y aquel hombre precavido, que sobre cuatro maderos estendió un techo de césped; y los rellenó con piedras y tierra, á fin de preservar su familia de las inclemencias de las estaciones, y su vida de las asechanzas de las fieras, es el genuino antecesor de los arquitectos, que posteriormente levantaron el templo de Salomon y la Acrópolis de Atenas, es el antiguo maestro de un Gerardo Lapidista, que osó idear y realizar la sorprendente catedral de Colonia, y de Toledo y Herrera que oprimieron las faldas del Guadarrama con el sombrío amontonamiento del Escorial.

El rio más caudaloso comienza por una humilde fuente, la más recia tempestad se engendra de una gota de agua que se evapora, y los monumentos maravillosos de la industria y las artes reconocen los mismos humildes principios que el rio más caudaloso y las más bravas tempestades; por ser ley de la humanidad, que los principios sean oscuros, trabajosos y difíciles; y que estimulada por la sed del progreso, venza los contrapuestos obstáculos á costa de incesantes esfuerzos, y, como Hércules con su clava, se allane el pasaje de la inmortalidad, luchando desesperadamente contra los perversos y los monstruos que retrasan la edad del bienestar y la justicia sobre la tierra.

Y así como las artes se han ido paso á paso levantando á la altura en que las vemos elevadas, así el hombre mediante ellas ha crecido en poder y comprension, y de simple obrero condenado á forcejar contra las resistencias de la materia, se ha convertido en acaudalado industrial ú opulento capitalista, y ha podido desafiar, seguro de la victoria, á los que por tanto tiempo le miraron como el escabel de sus plantas, que hoy se le postran reconociendo su indiscutible supremacía.

Y si tales milagros se deben á la constancia, al trabajo y el estudio, ¿no deberé; señores sócios, inculcaros la necesidad en

que estais de perfeccionar vuestros medios, y proseguir vuestra educacion artistica, espoleados siempre por una ambicion generosa?

Ahora no podeis alegar excusa razonable: el palenque está abierto por igual á todas las aptitudes: luchad con energía, si quereis ceñir la corona del triunfo.

El más modesto artesano puede elevarse de su precaria situacion á la cúspide de los honores, ya sin salirse de su esfera, ya, si la vocacion le inspira en otro sentido, lanzándose por derroteros del todo diferentes. El genio y el esfuerzo se abren camino por doquier, y ayudados de la fortuna, trasforman á un pastor de ganados, en un pastor de pueblos; á un siervo de los siervos, en un soberano de los reyes. El insigne Omar ben Hafsun abandona en su mocedad la silla donde cose los trajes de sus parroquianos, y llega con el tiempo á echar los cimientos del imperio de los muladies españoles: Barbarroja, el ollero de Lesbos, estremeci6 de espanto las olas del Mediterráneo, asombradas de su audacia y bizarría, y trató de potencia á potencia con el gran emperador Carlos V: Lope de Rueda, un simple batihoja, funda nuestro teatro nacional, y uniendo la representacion á la invencion seduce y enamora á los ingenios contemporáneos más eminentes: El zapatero Han Sachs maravilla al sesudo pueblo aleman con la gracia de sus populares comedias, y Linneo, del mismo oficio, escruta con su mirada de águila los misterios de las ciencias naturales, y asienta la Botánica sobre bases inquebrantables: Bernardo de Palissy oscurece con sus virtudes la virtud de Epaninondas, y su valor no desdice del valor afortunado de Temistocles: Franklin abandona las cajas del impresor, y osa sujetar el rayo que vibra la tempestad, y romper las cadenas con que la tiranía británica maltrataba á su patria; y en nuestros dias el sueco Andersen, trueca la aguja del sastre por la pluma del escritor, y consigue la dicha de oír sus mágicos cuentos recitados con dulcísima voz por millones de bocas infantiles, que los perfuman y adornan con las flores de la inocencia; y sin salir de esta provincia, tenéis que descubrirnos poseídos de respetuosa veneracion, ante un ilustradísimo prelado, que en época no remota se despidió de la lanzadera del tejedor, para dedicarse al estudio de la

Gramática y la Teología, conquistando por sus méritos la silla episcopal, desde donde derrama los raudales de su bondad inagotable, y convirtiéndose en dias de luto en el ángel tutelar que abrigara bajo sus alas todas las miserias, todos los infortunios, y las calamidades todas de sus fieles, que le pagan con tesoros de inmensa gratitud su heroica abnegacion y su caridad verdaderamente divina.

Podria multiplicar los ejemplos, pero no debo fatigar más tiempo vuestra atencion, y los alegados creo que bastan y sobran, para infundir en vuestros ánimos los sentimientos de que quisiera verlos enteramente poseídos.

¡Señores sócios del casino de Artesanos de Castellon! ¿Cuál es el objetivo que perseguís en esta nueva etapa de vuestra existencia solidaria? ¿Pretendéis únicamente pasar con agrado las veladas de la noche, y holgar las horas de la tarde jugando al dominó, y consumir en frecuentes libaciones alcohólicas los restos de vuestros haberes, en perjuicio de vuestra salud y de la tranquilidad de vuestras familias? Pues entonces no tengo por qué felicitaros, pues como tuve el honor de manifestar á los individuos de la Junta, que se dignaron invitarme á tomar parte en la velada de esta noche, lo que sobran á mi parecer en España, son centros consagrados á la ociosidad, al recreo y la distraccion. Pero si como aguardo confiado, y el modo de inaugurar vuestra nueva sociedad confirman mi esperanza, venís aquí despues del trabajo, á cambiar vuestras impresiones y á disciplinaros con la esperiencia de los más entendidos, y á leer revistas de artes y oficios que os pongan al corriente de los adelantos modernos, para no ir nunca á la retaguardia del progreso; si estableceis conferencias técnicas donde se disipen vuestras dudas y enriquezcan vuestros entendimientos con provechoso caudal de datos y noticias, y procurais la fundacion, ya que no para vosotros para vuestros hijos, de escuelas donde aprendan los rudimentos de las ciencias necesarios al ejercicio de las profesiones; como el anciano labrador que planta el olivo cuyo fruto no ha de recojer, seguro de que su amadísima prole al cosecharlo, ha de bendecir con los ojos arrasados en lágrimas, su previsor laboriosidad y su honrada memoria; si os sentís movidos por estos generosos impulsos y por estos nobilísimos descos, yo os

felicito con toda la éfusión de mi alma, yo saludo vuestra regeneracion con trasportes de alegría, y en nombre de la prensa, y muy especialmente de la REVISTA DE CASTELLON asociada á todos los proyectos grandes y elevados, os envío mi fraternal abrazo, deseoso de identificarme con vosotros, de tomar parte en vuestras tareas, y contribuir en la medida de mis escasas fuerzas al bienestar y progreso de las clases trabajadoras. He dicho.

~*~

DON MANUEL MESEGUER Y GÓÑELL

Continuacion. (1)

En Enero de 1864 obtuvo por ascenso la escuela de Alcanar, pueblo de Tarragona lindante con esta provincia, y aquí empieza Cristo á padecer, como suele decirse, pues hasta entonces todo habian sido plácemes y satisfacciones en la carrera. Vivía en dicha poblacion un señor don J. Ch. (2) influyente, quimerático y activo, que al saber que el señor Meseguer era de ideas democráticas (entonces apuntaban á los pueblos rurales estas ideas), dijo á un señor G. de Tortosa: «Si viene á Alcanar ese maestro no faltará quien lo sacará, pues no convienen sus ideas á aquellos vecinos.» Pero como para todo es indispensable la ocasion, aprovechó, para realizar sus designios, la que le proporcionó un señor cirujano llamado M. L., que formaba parte de la Junta local de primera enseñanza y llevó á mal que el maestro castigase, conforme á reglamento á dos hijos que asistían á la Escuela. Como el tal cirujano se atreviese á increpar con dureza al maestro; éste contestó con entereza (¡mala ventura á los maestros que la tienen en nuestras aldeas!) que se cuidase de cumplir por su parte en la cirujía que él no necesitaba sus lecciones para obrar en la Escuela.»

De aquí resultó ¿qué creerán ustedes? ¿la confusión del cirujano? Nada de esto, la formacion de un expediente en que se ponía al señor Meseguer como digan dueñas, apoyado el tal miembro de la Junta, del mencionado D. J. Ch., de su hermano M.

(1) Véase el número anterior.

(2) Aunque el señor Meseguer nos ha proporcionado los datos con los nombres propios, ponemos solo las iniciales por delicadeza, puesto que viven aun la mayoría de los sujetos designados.

y de siete firmantes más que en una poblacion de 5,000 habitantes pudieron recoger entre amigos, dependientes y pania-guados (1865).

VII.

Los cargos del expediente, cuya copia tenemos á la vista, son: Que el maestro señor Meseguer falta al reglamento en los castigos á los niños (esta era la madre del cordero ó la manía del cirujano), que se le ha visto entrar en la Escuela á las ocho y cuarto, que en ésta lee periódicos y escribe cartas ú otras cosas, por lo que están atrasados los niños, que no lleva los niños á la iglesia en los días de precepto y que no es nada humilde con la Junta, por todo lo cual piden los firmantes su separacion. Ratificaron estos cargos los niños E. J., A. S. y otros varios repitiendo *ad pedem litera* la declaracion que les enseñaron al efecto, segun posterior manifestacion de los mismos (hoy hombres), y ya tenemos al señor Meseguer empapelado y fresco. Requerido por la Junta provincial, contestó éste simplemente: al primer cargo refiriendo lo ocurrido con el cirujano; al segundo, que los que le acusaban de haber ido á clase á las ocho y cuarto, podían haber añadido las veces que habia salido de ella á las once y media, como habrían podido observar, si tan observadores eran; al tercero, que hablen las actas de exámenes anteriores al expediente y que vean en todo tiempo si no están bien instruidos los niños que hacen menos de cien faltas anuales, los cuales son pocos, como es de ver del registro de asistencia, lo cual prueba que no es pecado mortal leer un periódico ó escribir una carta en la Escuela, porque no se omiten por eso las lecciones correspondientes, máxime cuando hay que escribir muchas veces para los mismos niños, y entre éstos que pruebe nadie á hacer un trabajo de cuidado ó trascendencia; que no llevaba los niños á la iglesia por no haber hallado establecida esta costumbre á su llegada, y que, excepto lo ocurrido con el señor M. L., ningun individuo de la Junta ni vecino alguno podrá afirmar que no se habia mostrado siempre el maestro atento con todos y respetuoso para con la autoridad. El informe del Inspector dice, en sustancia, que habia encontrado á los niños bien y cumplido el reglamento; pero que atendida la ilustracion del profesor

podian estar aquéllos aun algo mejor (1). Estos interesantes funcionarios deben ser inamovibles para que no puedan hacer mella en ellos las influencias de los caciques de los pueblos rurales.

VIII.

En vista de lo fútil y aun ridículo de los cargos, el expediente dormía el sueño de los justos con harta desesperacion del cirujano y compañía (2), cuando llegó 1867 y con él la situacion Narvaez-Gonzalez Brabo, que, por un quítame allá esas pajas empezó á mandar ciudadanos hácia Fernando Póo y las Filipinas. Empuñó el señor J. Ch. la vara de Alcalde en Alcanar y en quince dias marchó el despertado expediente de Tarragona á Barcelona, de Barcelona á Madrid, y en 14 de Marzo dictó el señor Catalina una Real orden de traslado á otra Escuela de igual clase y sueldo para el señor Meseguer.

¿Qué habia pasado? Que el nuevo Alcalde señor Ch. consiguió su objeto de sacar al maestro demócrata, segun lo prometido á su llegada al señor G. de Tortosa, por más que no logró por completo el objeto que se proponia, ya entonces, pues aspiraba á algo más con su influencia.

Todo esto ocurrió con circunstancias agravantes, pues habiéndose negado el señor Meseguer á aceptar su traslado á una Escuela de menor sueldo que le pro-

(1) Esta opinion del Inspector es general respecto de la enseñanza dada por el señor Meseguer, como si la mayor ilustracion del profesor pudiese aumentar el talento de los discípulos. El informe de la Junta provincial de Valencia al Gobierno (1883) sobre las causas del atraso de los pueblos, explica lo que pueden hacer los mejores maestros en Escuelas donde concurren más de 60 niños y sin ayudante ni asistencia constante. Allí está lo cierto; lo demás es farándula é ilusion. Mientras sea en España gratuita y obligatoria la instruccion primaria y no haya un maestro por cada 50 niños como en Francia, sino por cada 30 como en Bélgica, no hay que esperar aquí los adelantos de aquellas naciones.

Si los jesuitas dan tan buenos resultados en sus colegios, es porque tienen un profesor para cada 15 ó 20 niños. En España no solo no sucede esto, sino que se dá lugar á que los periódicos escriban sueltos tan deshonrosos como el siguiente de «El Globo.» de Madrid: «Ha muerto, víctima del hambre, en Valladolid una maestra de niñas.»

(2) No seamos catones platónicos y hagamos al mismo tiempo el «Mundo por dentro.» de Quevedo. ¿Qué empleado no lee un periódico ni escribe una carta en algun intervalo en la oficina? Hay infinitos que son muy estrechos para con los demás y muy anchos para consigo mismos, esto es, que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo, como dice Jesucristo. En este mundo el que dice y obra la verdad está perdido. Así hace terribles progresos en las costumbres la asquerosa hipocresía que todo lo corrompe y envenena.

pusiera el señor B., nuevo Inspector trasladado entonces de Zaragoza á Tarragona, enfadóse el hombre y diciéndole *que se quedaria sin nada*, le suspendió con todo el sueldo, en lugar del medio que la ley previene: pero habiendo reclamado el profesor al Rector de aquel atropello, éste lo deshizo, con lo que, más irritado el Inspector, declaró vacante la Escuela de Alcanar en cuanto recibió la Real orden de traslado; ardid que tampoco le salió bien al vengativo funcionario, puesto que el señor Meseguer reclamó contra el nuevo abuso y el Rector dispuso que continuase el maestro al frente de su escuela hasta que fuese nombrado para otra igual (Mayo de 1867). Inútil fué que á última hora se uniese al expediente una reclamacion de 185 vecinos á favor de su maestro contra los diez firmantes del recurso de acusacion: su traslado estaba decretado. Durante los tres años de estas ocurrencias escribió el señor Meseguer su *Compendio de Historia universal y particular de España*.

IX.

Nombrado para la Escuela de Espluga de Francolí (Junio de 1867) pasó allá y tuvo ocasion de apreciar la inquina y el disgusto de sus amigos de Alcanar por la solucion dada al célebre expediente, al saber que aquel cura párroco habia enseñado á la Junta local una carta de aquel pueblo en que se decia sustancialmente que *el señor Meseguer era un demagogo terrible, pendenciero y de pésimas costumbres*, por lo que pedia se acudiese á la Junta provincial en súplica de que no les enviase tal calamidad. Afortunadamente hubo un vocal que observó que no se podia juzgar sin ver, y la famosa carta no tuvo otras consecuencias, en aquella época verdaderamente peligrosa, pues ni el Alcalde J. Ch. ni el cura T. S. quisieron librarle fé de conducta, ni buena ni mala en Alcanar. ¡Prueba de la justicia con que obraban!

«El saber del hombre, dice Salomon, se conoce por la paciencia, y su gloria es no hacer caso de las injurias é injusticias.» Esta piedra de toque parece reconocer el señor Meseguer en su exclamacion favorita al recibir un contratiempo por la infamia de sus enemigos: *¡Paciencia y buena intencion!* Exclamacion esta que bien necesitaba menudear enton-

ces, pues su vida es una série no interrumpida de contrariedades por causa de sus émulos.

Apesar de que un amigo le avisó que se había resuelto trasladarle para su mayor tranquilidad en otro pueblo, ésta no pudo tener lugar, apesar del buen comportamiento de la autoridad local de Espluga, pues casado en Alcanar, su esposa doña Encarnacion Boix quedó al cuidado de su anciana madre y vivieron así ambos separados durante cuatro años, sin más que visitarse en las vacaciones de verano.

(CONTINUARÁ.)

Seccion Científico-Literaria

HISTORIA

Continacion. (1)

¿Sí?... Hágame usted el favor de explicar...

Y D.^a Luisa y el padre de la patria forman un grupo separado y distinto del que Concha y yo componemos cabe el antepecho del palco.

La niña se desoja, como vulgarmente se dice, registrando el salon con sus gemelos.

—¿Qué buscas? le pregunto.

—A Arturo, no le veo; ¿lo has visto?

—No y es extraño.

—Y tanto!... Mira, ¿quieres hacerme el favor de darte una vuelta por ahí á ver si lo encuentras? Si no lo hallas toma lenguas de sus amigos. Me tiene intranquila...

—Ea! no hay que apurarse, voy á complacerte: y saludando, salgo del palco dirigiéndome al foyer.

Allí está nuestro hombre cercado de ocho ó diez colegas, discutiendo en alta voz sobre corridas de toros.

Al verme se dirige á mí y dice, abrazándome:

—Hola, *mio carol!*... Ya le he visto á usted muy entretenido con Concha; celebraré el feliz término; la cosa no es para menos; al fin y al cabo dos amigos... Todo esto, dicho con vertiginosa rapidez, me hizo sospechar y exclamé:

(1) Véase el número 44.

—Vamos, sosiéguese usted, Arturo; discutiendo sobre toros vé usted las cosas revueltas. Yo esperaba haberle visto á usted en el salon.

—Todo el primer acto nos lo hemos pasado aquí, hablando de Mazzantini, Fras-cuelo y Lagartijo. ¿Pásmese usted, amigo mio!... ¿Hay quien dice que Mazzantini no es torero!... ¿Le parece á usted?... ¿Y que esos hombres sean españoles?... En fin; no se comprende que haya gente tan estúpida... Pero, á todo esto, ¿quiere usted explicarme por qué me ha dicho antes que hablando de toros veo las cosas revueltas?

—Por tranquilidad de usted.

—¿Por tranquilidad mia?

—Sí, hombre, sí... Yo amo á Concha; pero con el cariño de un hermano.

—¿Y qué?

—¿Por Dios, hombre!... Que no hay motivo para que esté usted celoso como un turco.

—¿Yo!... ja, ja, ja... ¿De donde ha sacado usted esa noticia? ¿Quién le ha dicho á usted eso?

—Pues nadie; yo lo he deducido del tono con que he sido recibido por usted.

—Mal deducido.

—Pero... siendo usted novio de Concha...

—¿Ave María Purísima!... ¿Yo novio de Concha?... ja, ja, ja... A usted lo han engañado, amigo, á usted lo han engañado.

—Es decir...

—Que no le he dicho ni pienso decirle «esta boca es mia.»

—¿De veras?

—¿Lo duda usted?

—Por ahí se dice...

—Mucho embuste y nada más. Yo no he dicho á Concha que la quiero. Para mayor seguridad de usted vamos á preguntárselo á ella misma.

—Nada de eso, Arturo, nada de eso: ya sabe usted que la mamá es muy susceptible; prométame usted no decir una palabra sobre este punto.

—Prometido; pero constele á usted que en mis entrevistas con Concha me he ceñido á las conveniencias sociales, y nada más. Ya vé usted, pues, como no hay por qué estar celoso.

En este momento se anuncia el principio del segundo acto, y con objeto de terminar aquella conversacion, advierto al sietemesino:

—¿Ha oido usted, Arturo? Vamos á ver

el segundo acto; y tomándolo del brazo lo conduzco á dentro poco despues de levantado el telon.

El millonario saluda á varias personas y entre ellas á Concha. La jóven no nos quita la vista de encima en todo el acto. Terminado éste, Arturo sabe á visitarlas acompañado de mí.

La escena, por lo degradante, era digna de verse: Arturo es el Becerro de Oro y madre é hija el pueblo adorador, amén del respetable senador, quien, por complacer á D.^a Concha cooperaba á hacerle la corte; pero todo esto segun las prescripciones de la buena sociedad.

* *

Ha transcurrido un mes desde los sucesos antedichos y en este tiempo he permanecido fuera de Madrid por asuntos de familia; más ya he regresado.

La tarde nublada y fria me obliga á guarecerme en *La Peña* de las inclemencias del tiempo; el casino está más concurrido que de costumbre y numerosos y compactos grupos pueblan indistantemente las mesillas de juego, café, etc., etc. Apenas entro en el salon me dirijo al círculo de conocidos míos, donde la conversacion parece estar más animada.

—Buenas tardes, señores, digo saludando á los concurrentes.

—Adios, amigo, me contestan y, en particular el baron del Cerro, que separándose de sus contertulios y echándome familiarmente el brazo al cuello, me conduce á un diván que cerca de allí habia.

—Deseaba ver á usted con bastante urgencia, me dice el capitán; si no hubiera usted venido pensaba ir á su casa.

—¿Y eso?

—Se trata de una cuestion personal, de un lance surgido anoche, aquí mismo, con motivo de ciertas frases que pronunció el marqués de Ostán.

—¡Hombre! eso es grave. ¿Y usted piensa?...

—Enviarle los padrinos; por eso estaba impaciente por verlo á usted, pues supongo que me hará el gusto de serlo mio.

—Ante todo sepamos lo ocurrido.

—Es muy justo.... Como usted sabrá, yo pretendo á su amiga Conchita y lo propio hace el marqués. Anoche, despues del teatro, al cual no fueron la generala ni su hija, procuré indagar la causa de su ausencia, y al llegar aquí con este objeto,

el primero que me sale al encuentro es de Ostán, quien, con mal disimulada alegría y cojiéndome del brazo, me suplicó una breve conferencia. Yo, que desde el momento en que advertí los deseos del marqués respecto á Conchita, apenas cruzaba con él un saludo, por más que antes éramos amigos, accedí á su ruego y nos venimos al salon.

—Capitan, me dijo, siento dar á usted una mala noticia; pero en gracia á nosotros mismos y en conciencia, debo hacerle. De hoy en adelante deben cesar nuestras diferencias: han reconocido un mismo origen, tengan, pues, un mismo fin. Lea usted esto; y me enseñó un billete que decia así, poco más ó ménos:

«Marqués:

»Que quiere usted que aventure al papel respecto á su corazon, la que no desconoce ni uno solo de sus innumerables galanteos.

»¿Piensa usted de veras lo que dice?...

»Espera contestacion

s. s. s.

Concha.

—Ya vé usted, añadió, que he ganado el negocio; pero no estoy completamente satisfecho, pues siento de todas veras la desgracia de usted.

Quando yo leí el billete no puede usted figurarse lo que sentí, no tanto porque perdía á Concha, cuanto porque aquella misma tarde habia recibido una carta de D.^a Luisa, contestacion de otra mia del dia anterior á Concha. El billete es éste, y tal diciendo, pone en mis manos un pliego que así dice:

«Estimable Baron:

»Como madre que soy, amante del porvenir de mi hija, expío todas sus acciones y he sorprendido la carta.

»¿Si usted siente lo que dice, me dispensará el favor de pasar por esta su casa, mañana á las dos de la tarde?

»Esperando á usted y suplicándole dispense esta exigencia, queda

s. s. s.

Luisa de Mirantol.

M. Simeno Laplace.

(CONTINUARÁ.)